

reconociendo que no podían defender el lugar ni las mujeres, se retiraron mas adelante por la vuelta de la sierra que estaba cerca. En este tiempo las banderas de Caravaca llegaron con tanta fuerza y presteza, que los moros principiaron a huir, y los caballos iban en su seguimiento hiriendo y matando a muchos dellos. Llegando los moros a la sierra, ya no pudo la caballería seguir el alcance; mas la infantería los persiguió, haciendo mayor destrozo, aunque los moros peleaban como leones. Duró esta batalla hasta muy tarde, que el marqués mandó tocar a recoger, así a la caballería como a la infantería; luego fué saqueado el lugar, aunque contra la voluntad del marqués. Se hizo grande presa, principalmente de mujeres moras y de muchachos, de lo cual don Juan Fajardo, hermano del marqués, que iba por maese de campo, llenó bien las manos, quitándoseles a los soldados aquello que con tanto peligro habían ganado. Tenían concertado de antes que las moras y la presa que se tomase debería repartirse entre la gente de guerra; mas el marqués no lo hizo así, sino que mandó luego juntar a todas las moras y muchachos, y que se los llevasen con escolta a los Vélez, a la villa de Mula y a Cantoria, para que allí los custodiasen, sin darles nada desto a los soldados de su ejército: lo cual causó en ellos tanta cólera y enojo, que juraron todos que de allí adelante no habían de dejar vivo moro ni mora, muchacho ó niño que pillaran, y que todo lo habían de llevar a fuego y sangre, como en efecto lo cumplieron, según diremos mas adelante.

Los moros, muy lastimados de hallarse metidos en la sierra, sin haber podido defender a Guecija, se reunieron en Felix, que estaba cerca de la mar, y allí había junta la gente de cuatro ó cinco lugares, con muchas moras, muchachos y niños, y todos determinaron aguardar al marqués en aquel punto para darle la batalla. Mas ¿qué les valía á estos miserables su grande ánimo, no teniendo armas, cuando el marqués contaba en su campo siete mil hombres de pelea, tiradores todos y muy bien armados, y cuando cada día entraba en su real gente nueva de socorro? En este tiempo don García, general de Almería, sabiendo que el marqués de Vélez había vencido á los moros de Guecija, y tomádoles gran presa, determinó ir á Felix para presentar la batalla á toda la morisma que estaba allí junta; y así dejando buena custodia en la ciudad, salió della con unos quinientos hombres muy bien armados, y alguna caballería, llevando consigo un capitán llamado Villaroel, hombre valeroso y buen soldado. Luego que llegaron á Felix se prepararon para presentar batalla á los moros; pero estos no les dieron lugar, mirándolos con desprecio, y se principió una escaramuza muy recia. Reconociendo don García que los enemigos eran muchos y que nada podía ganar con ellos, mandó tocar la retirada, y partió luego de Felix con buen orden la vuelta de Guecija, para verse con el marqués y darle cuenta de la numerosa morisma que estaba allí junta. Como los moros de Felix vieron que los de Almería se retiraban y tomaban la vuelta de Guecija, no quisieron seguirlos por recelo de alguna emboscada, y se mantuvieron quietos aguardando que llegase el campo del marqués. Este estuvo en Guecija algunos días, recibiendo mucha gente armada que acudia á su socorro, y esperando cierta orden de su Majestad. Entre tanto salía su tropa y hacia grandes correrías por los lugares del río, robando y talando como tenía de costumbre; de lo cual se indignó mucho el marqués, y así mandó echar un bando para que ningún soldado saliese del real, so pena de la vida. Muchos hubo también que salieron y no volvieron, los unos porque los moros los mataban, y los otros porque cargados de lo que hallaban, se restituían á Lorca, atravesando con muchísimo peligro tierras de enemigos. Noticioso dello el marqués, dió aviso de lo que pasaba á las justicias de Lorca y Murcia, previniéndoles que castigaran con rigor á los soldados que así se fuesen, y

los obligasen á volver al campo. Las justicias cumplieron exactamente estas órdenes, y por eso temían ya muchos dejar las banderas, y se mantenían en el real, que juntaba al pié de ocho mil hombres no mal armados.

A esta sazón ocurrió que el capitán negro Farax con cien monfis principió á hacer gran daño en la tierra de Lorca, matando y cautivando mucha gente por los campos y caminos; y luego que Cantoria quedó por el Maleh entraba con mas seguridad en tierra de cristianos, haciéndose muy nombrado y temido; tanto que desde Vera no se podía ir á Lorca sin escolta, siendo este camino muy necesario. Este Farax tenía su presidio en Curgena, mas abajo de Cantoria, y casi junto al río de las Cuevas, y había escogido aquel punto por estar mas cerca de tierra de cristianos, y poder hacerles desde allí con mas presteza todo el daño imaginable. Entró muy atrevidamente en el campo de Lorca, y le corrió por aquella parte de la rambla Nogalte, donde se llama el Esparragal, y allí apresó á unos pastores con mucho ganado, siendo alrededor de las nueve de la noche cuando hizo este salto; mas un pastor mozo, ligero corredor, se escapó, y en hora y media corrió tres leguas hasta Lorca, donde dió el rebato; y habiéndose tocado al arma se juntaron unos treinta caballeros y sesenta peones bien armados, que anduvieron lo restante de la noche, y al romper del alba descubrieron á los moros que se llevaban la presa. No pararon de correr, y los fueron á alcanzar en los olivares de Overa, donde se la quitaron á lanzadas y arcabuzazos. Los moros huyeron y no pararon hasta Curgena, que era su presidio; pero los de Lorca no osaron pasar mas adelante, por no entrar en tierra de enemigos donde podrían correr gran peligro. En este día los de Lorca mataron á lanzadas á dos vaqueros ó pastores cristianos, pensando que eran moros. Salieron á correr este rebato el regidor Martín de Leon, Luis Ponce de Guevara, Martín de Lorita, alférez mayor de Lorca, Adrián Leonés de Guevara, y otros muchos hidalgos de la ciudad, hombres de gran valor. Nunca se dió rebato con mayor diligencia, ni que tan buen efecto tuviese como este que hemos contado.

El capitán negro Farax, enojado y corrido porque los de Lorca le habían quitado la presa y maltratado su gente, volvió á juntar su compañía, y con osadía diabólica, habiendo salido de Curgena, y atravesando el campo de Güercin, llegó al puerto de Lorca, donde había unas eras llenas de mies de trigo y cebada, con muchas parvas trilladas y por trillar, y todo lo quemó el malvado: entre las parvas había durmiendo algunos hombres, que fueron allí quemados. Luego partió con su gente, y tomando por una rambla abajo, que se dice Guazamara, llegó á la fuente de Pulpi, y estuvo allí algunos días aguardando gente que transitara de Vera á Lorca; y no tardó mucho en pasar una escolta que venía de Vera y de otros lugares de moros, de hacer los robos y violencias que acostumbraban: los tales soldados venían con mucho descuido, y muy distantes de pensar que hubiese peligro, entendiendo que todos los moros andaban muy ocupados en la guerra por las Alpujarras, y llevaban las armas puestas sobre los bagajes; mas así que llegaron á la fuente del Pulpi, el malvado Farax con su escuadrón les salió al encuentro entre aquellos espesos lentiscos, y principió la matanza con gran gritaría. Los cristianos, que serían unos sesenta, quisieron tomar las armas para defenderse y ofender á sus enemigos; mas estos no les dieron tanto lugar, antes apretando contra la mal apercebida escolta, mataron á la mayor parte dellos, salvándose solamente los que desamparando el bagaje pudieron huir, unos acia Vera, y otros la vuelta de Lorca. Allí mataron los moros á un fraile mocito, de nuestra Señora de la Merced, llamado fray Juan Tiruel, cuya muerte fué muy llorada en Lorca, por ser él de allí natural. Este frailecico venía de Vera de comprar algunas cosas para su convento, así como eran pasas, higos y almendras, que ven-

dian los soldados de aquello que hallaban en los lugares de los moros levantados; pues había hombres que hasta los gatos se traían, las calderas, cedazos, artesas, aspas, devanaderas, cencerros, asadores y otras bajezas semejantes, todo esto por no perder el uso de hurtar. No digo aquí señaladamente quiénes lo hacían, porque en comun todos eran ladrones; y yo el primero; así es, que estas desordenadas codicias fueron causa posterior de muchas muertes de cristianos, como diremos mas adelante.

Habiendo hecho este daño, el capitán negro se retiró á toda priesa por la rambla de Guazamara arriba, habiendo visto venir cierta gente de á caballo y pensando que era mucha; que si no es por esto, se llevara todos los bagajes con lo que allí traían. Los de á caballo serían unos seis escuderos de Vera, que así que llegaron allí, y vieron aquel destrozo de hombres muertos, y entre ellos al pobre fraile, se apartaron del camino y comenzaron á dar voces á muchos de los que venían con la escolta, y andaban huyendo por aquellos atochares, hasta hacerles cobrar ánimo; y luego que se juntaron hasta unos treinta, volvieron á recoger los bagajes, y se fueron á Lorca, dando aviso de lo que había pasado. Esto hizo el capitán negro Farax, hombre valiente, pero que no pudo alabarse dello mucho tiempo, porque en aquella misma parte fué desbaratado y muerto él con mas de sesenta de los suyos por la gente de Lorca y Vera. Ahora conviene que volvamos al marqués de Mondéjar, á quien dejamos con todo su campo junto á la puente rota de Tablate; y por lo que hemos dicho en el capítulo pasado, se hizo el siguiente romance:

El de las verdes ortigas,
En campo de oro estampadas,
Sus banderas ya tendidas,
Ordenadas sus escuadras,
A los de Guecija moros
Darles quiere la batalla;
La noble gente de Lorca
Le cupo ir en vanguardia;
De batalla Cehegin,
Con el los de Caravaca;
De retaguardia va el fuerte
Con los de Albama y Totana;
Y mucha caballería
De valor aventajada,
Porque está seguro el campo
Con tan firme retaguardia;
Pues el marqués se recela
De alguna mora emboscada.
Las trompetas suenan luego
Y los pífanos y cajas;
Los de Lorca van subiendo
Una cuesta muy poblada
De unos grandes olivares
Donde están mil alboradas,
Hechas de tierra y fagina
De muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hicieron
Los moros fortificadas,
Porque la caballería
No les pueda hacer nada.
También impiden los pasos
Llenando la huerta de agua;
Mas la gente es belicosa;
Luego traban la batalla,
Muy revuelta y muy reñida,
La mora y cristiana escuadras.
Los moros hacen defensa
Con braveza no pensada;
Mas con todo los de Lorca
Les van ganando la entrada.
Aunque no con demasia
Por la defensa doblada,
Que allí ponían los moros
Defendiendo bien su plaza.
Lo cual mirando el marqués,
En el punto luego manda
Que salgan con gran presteza
Las banderas de batalla,
Que eran las de Cehegin,
Y con ellas Caravaca.
El salto se renueva,
Cristianos van de ventaja,
Los moros suben arriba;
Adonde Guecija estaba;
Por defender el lugar

Bravamente peleaban.
El marqués manda de presto
Que salga la retaguardia,
Y apelliden Santiago,
Y arremetan con pujanza,
La retaguardia salió,
Y el marqués en su compañía
Los cristianos iban juntos,
Sus banderas van mezcladas.
A los moros les convino
Retirarse de la plaza,
Y volver acia la sierra,
Que allí de Gádor se llama.
Toda la caballería
Los sigue con furia brava;
Muchos moros alancean,
Muchos pasan por la espada.
Mas metidos en la sierra,
Ningun caballo pasaba;
Si pasaban los infantes
Sin tener estorbo en nada.
Con esto la tarde vino,
Que ya el sol no se mostraba;
Que toquen á recoger
El fuerte marqués mandara.
Al punto la caja tocan,
Suena al punto la bastarda:
La señal del recoger
Cualquier soldado la guarda.
A sus banderas se vuelven,
Que ya estaban alojadas;
El lugar se ha saqueado;
Gánase gran cabalgada.
De muchas bellas moriscas,
Ropas de seda labradas,
Muchos oros, mucha aljófar,
Muchas perlas estimadas.
Las moras tomó el marqués,
A nadie no le dió nada;
El campo todo se enoja,
Porque aquella cabalgada
No la repartió el marqués
Como estaba publicada.
Todos los soldados juran
En la cruz de las espadas
De no dejar cosa viva
En otra cualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
Negro capitán de fama,
Con muy gallarda osadía
Hizo dos grandes entradas
En esos campos de Lorca,
Con las cuales cobró fama.
A Tablate nos volvamos
A do el de Tendilla aguarda.

CAPITULO VII.

En que se pone una peligrosa batalla que el marqués de Mondéjar tuvo con los moros en las Guajaras, y la muerte del valeroso don Luis Ponce de Leon.

Ya hemos dicho en los capítulos pasados cómo el marqués de Mondéjar con su campo lucido y gallardo fué en

seguimiento de los moros, hasta llegar al puente de Tablate, que estos habían roto y hundido para que los cristianos no los siguiesen. Este puente de Tablate era paso forzoso para ir á las Alpujarras, y estaba plantado en la angostura muy grande de una rambla, cuyo hondo espartaba, y los moradores le habían hecho allí por no rodear una gran parte de tierra. Viendo el marqués impedido aquel paso, mandó que á toda diligencia se reparase el puente, y al punto la gente de su campo puso manos á la obra; pero cuando ya llevaban hecho un pedazo, y aunque con mucho trabajo se podía pasar, al quererlo hacer se lo estorbó el reyecillo, llegando al mismo punto con mas de seis mil bien aderezados moros, y entre ellos los turcos de Arjel, los cuales bajando á la hondura, y acometiendo con impetu terrible á los escuadrones cristianos, les cortaron toda acción; de manera que allí se trabó una cruda batalla de arcabuceria entre los cristianos por ganar el paso, y los moros por defenderle, cayendo de ambas partes mucho número de soldados muertos. Moviése tanto rumor y vocería al son de trompetas y tambores, que resonando los ecos por las altas y cavernosas sierras, parecía romperse alguna cruel batalla en aquellas partes.

El marqués de Mondéjar se puso á esta sazón un fuerte peto, por recelo de que alguna bala no diese fin á su vida; y con efecto no tardó mucho en alcanzarla una por la que el peto fué abollado, y á no haber sido tan fino hubiera muerto al buen marqués; de manera que pareció inspiración divina el haberse puesto aquella fuerte armadura. Andaba el reyecillo muy gallardo dando voces á sus gentes, y diciendo: «ea, leones de España, pues tales sois sin duda alguna, pelead hoy como varones, y advertid que la canalla cristiana es débil y flaca, no usada en la guerra, y no sabe qué cosa es frío ni calor, ni vestir armas, ni ejercerlas: por tanto, no teniéndolos en nada, haced gran defensa, y no tardareis mucho en ir á buscarlos á Granada, y aun por toda la Andalucía.» Con estas palabras los moros animados peleaban como leones, defendiendo valerosamente aquel paso de la puente estrecha. Tampoco el marqués holgaba, sino que atravesando de una parte á otra, y animando á sus escuadrones, les decía, que se acordasen del valor de sus pasados, que conquistaron otras veces aquellas Alpujarras, y que procurasen no ser ellos menos, considerando que las ganarían todas, vencido aquel paso dificultoso y ganado el puente. Con esto que el marqués decía puso tanto ánimo en los pechos de sus valerosos capitanes, que denodadamente arrojaron la muerte por pasar de allí. Don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, y cuatro oficiales muy valientes de Córdoba, don Diego de Argote, don Pedro Acevedo, Cosme de Armenta, y don Pedro de Simancas con algunos otros capitanes, se abalanzaron todos de tropel con mucho riesgo de perder las vidas, ó de caer desde el mal seguro puente en una grande hondura; confiados en Dios y en su bendita Madre se metieron en aquel peligroso paso, y animando á otros muchos con su ejemplo, hicieron tanto por fuerza de armas, que al fin llegaron á la otra parte sin que les dañase la multitud de balas que les tiraban.

Aquí fué el mayor conflicto, porque los moros codiciosos de impedir que pasaran mas, y de matar á los pocos que habían pasado, acudieron en gran número á la boca del puente, y los cristianos al contrario anhelantes por pasar se trabaron de tal forma con los moros, que unos y otros no curaban ya de las armas de fuego, sino de las espadas, gorguoces y alfanjes. En fin, el valor castellano hizo y pudo tanto que, á pesar de las moras banderas, pasaron el puente muchos soldados, y dieron lugar á que todo el campo fuese pasando.

Visto esto por el señor de Valor, mandó hacer la señal de retirada, y todo el morisco escuadrón, peleando animosamente, fué haciéndola acia lo mas alto de la sierra. Llegando á esta sazón la noche, y muy oscura y cerrada

mandó el marqués que su campo se recogiera, y que ningún soldado se desmandase, so pena de la vida. Aconsejaron al marqués que saliese de aquellas honduras, aunque era de noche, porque estaba allí su ejército en gran peligro, y los moros podrían hacerle notable daño; y así lo mandó, aunque tarde, para llegar á un lugar que se dice Durcal, y alojarse allí hasta otro día. Llegando muy cerca deste pueblo vieron que al mismo tiempo entraba en él gran multitud de moros, y así muchos cristianos, deseosos de acabar con tan vil canalla, se llegaron al lugar á toda priesa, y unos con otros principiaron á batallar bravamente. Como era de noche y acudían tantos cristianos á la pelea, se mataban unos á otros; por lo cual el marqués y los demás capitanes mandaron que no pasasen mas adelante, recelando que el daño se hiciese todavía mas grave. Con todo eso, no se pudo remediar; pues cuando los cristianos llegaron á reconocerse por el apellido que se daba de *España, España, Santiago, Santiago*, ya se habían matado cuatrocientos cristianos unos á otros, sin contar los que mataron los moros: en tanto número se hallaron muertos al otro día, y con ellos hechos pedazos mas de quinientos moriscos, no hallándose las armas de ninguno dellos, porque los demás moros se las habían llevado. Muy confuso y enojado el marqués de tal acontecimiento, mandó que se siguiese al enemigo, y queriendo hacerlo, halló que de su real se le habían ido muchos soldados; por lo cual lleno de indignación dió de palabra á los que quedaban un cruel castigo, llamándolos cobardes; y pues que eran tan gallinas, que dejaban las armas y se fueran á sus pueblos, que él solo bastaba para la guerra; con estas afrentosas palabras se sosegaron los soldados y siguieron sus banderas.

De allí se movió luego el campo en busca de Abenhumeja, quien lleno de mucho pesar porque los cristianos pasaron el puente de Tablate, ganándole por fuerza de armas, se retiró á Lanjaron, en donde se rehizo de mucha gente que le vino de Almuñécar y de Caniles de Aceituno. A esta sazón mandó el reyecillo á Zarrea y á Gironcillo, valerosos capitanes, que con diez mil soldados guardasen las Guajaras, las fortaleciesen, y allí esperasen el campo de los cristianos para dar contra ellos fortísimamente. Zarrea y Gironcillo, cumpliendo el mandato del rey, pusieron en las Guajaras mucha gente bien armada con ánimo de mantener aquel presidio, y estorbar que el marqués de Mondéjar lo ganase. Teniendo noticia el marqués de que toda aquella morisma estaba allí ayuntada, con la confianza que le inspiraba un lugar tan fuerte como eran las Guajaras, mandó sin embargo que el campo fuese allá, y que al otro día se presentara la batalla. Llegado allí el ejército y comenzada la acción, se esperó mucho tiempo por ser muy ágría la tierra, y tener que subir á una grande altura, coronada por todas partes de muchedumbre de moros, los cuales viendo el penoso esfuerzo de los cristianos, comenzaron á desgargar de arriba grandes peñascos, á modo de ruedas de molino, que con tal impetu descendían por aquellas cuestas abajo, atronando los valles y sierras, que parecían traerse todo el mundo tras sí. Los cristianos sufrían gravísimo daño, porque no había peña de aquellas que no se llevara de camino doscientos dellos hechos pedazos, y dando la mayor compasión ver tanta mortandad, y no poder poner ningún remedio. Además de los peñascos grandes tiraban desde arriba con hondas otras piedras menudas, y flechas, y grande cantidad de balas, que no menos daño hacían en el ejército del marqués.

El buen capitán don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, soldado anciano muy valiente, y don Francisco de Simancas subían la cuesta arriba con grande ánimo, sirviendo de estímulo y de ejemplo á sus soldados. Viendo los moros que aquellos capitanes y sus banderas se acercaban tanto ya á las murallas, desgalaron de propósito

gran cantidad de peñas por donde subían, las cuales por su tamaño enorme se derrumbaban con tanta velocidad, que no daban tiempo para apartarse dellas á los que iban acia arriba, y así mataron gran multitud de soldados cristianos. Una dellas vino con terrible impetu derecha sobre don Luis Ponce, que aunque la vió venir no pudo apartarse della por la velocidad con que bajaba, y del golpe quedó hecho pedazos aquel valeroso capitán. Esto mismo le sucedió al buen don Juan de Villaroel, y á don Francisco de Simancas, mozo gentil y gallardo. Con todo eso, no fué bastante la defensa que oponían los moros con aquellos peñascos y otras armas crueles que arrojaban, para impedir que cuatro capitanes de Córdoba, de ánimo esforzado, llegaran á lo alto de las peñas que estaban pegadas á las murallas, y se guarecieran de las cavernas que por allí había, para no poder ser ofendidos. Llegó con esto la noche, que fué muy oscura y lluviosa, por lo cual paró el combate, pasando la gente mucho trabajo á causa del mal temporal y de la mucha agua-nieve que caía.

Durante esta noche tempestuosa acordaron los moros, por consejo de uno dellos muy anciano, llamado Aladino, que se sacara toda la riqueza que había dentro del lugar por la parte que no estaba cercado, para que en cualquier trance escapase de las manos de los cristianos. Hubo grandes pareceres sobre este particular; mas el capitán Zarrea dijo que era muy bien pensado, y luego se hizo así. Hubo gran llanto y sentimiento entre las mujeres y niños, mas no de suerte que lo percibieran los cristianos. Los moros mancebos que sacaron la riqueza de las Guajaras, descolgándose por unos grandes riscos, principiaron á marchar la vuelta de Andarax; mas no pudieron hacerlo tan secretamente que no fueran sentidos por los cristianos; los cuales, aunque la noche era oscura y estaba nevando, fueron siguiéndolos por aquel mal sitio, aunque sin efecto porque huyeron precipitadamente. Venida la mañana, los citados capitanes de Córdoba, que estaban junto de las murallas, se hallaron ya acompañados de muchos soldados suyos y de otras banderas, y se comenzó luego el crudo asalto, tan sangriento como el del día pasado. Al cabo de grande esfuerzo, los cristianos, siendo ayudados de Dios y de su mucho ánimo, entraron en el lugar llevándolo todo á sangre y fuego, y sin dejar persona á vida. Aquí fué herido malamente un caballero, llamado don Jerónimo de Padilla, gran soldado. El capitán Zarrea y Gironcillo se escaparon con toda la gente que pudieron, dejando la demás muriendo á manos de los cristianos. Daba mucha compasión oír las voces y alaridos de las mujeres sencillas y de los niños sin culpa, que iban pasando todos por el filo de la espada, ó eran derrumbados por las peñas abajo. Movido de semejante llanto y de tan dolorosos gemidos el ánimo del marqués, puso término á tantas crueldades, mandando que parase el saco y el daño que se hacía. Cumplióse luego esta orden, y de resultas se tomaron prisioneras muchas moriscas y bastante riqueza, aunque lo mejor ya se habían llevado los moros que salieron de las Guajaras. Ahora conviene hablar del gallardo marqués de Vélez, que nos aguarda en Guecija, refiriendo antes el romance que se escribió sobre esta cruda batalla de las Guajaras:

El buen marqués de Mondéjar
De las Albuñuelas parte
En busca del enemigo;
Llegó al puente de Tablate,
El cual encontró rompido,
Que ya no puede pasarse,
Destruyéndole los moros
Por escusarse de Marte,
Y viéndose acometidos
Con grande furia y coraje.
Pues llegando aquí el marqués
Mandó que el puente se obrase,
Para que pasase el campo
La rambra de esotra parte.
El reyecillo con gente
Vino á estorbarle el pasaje:
La rambra estaba profunda;
Mal podía repararse

Aquel puente tan antiguo,
Hecho por industria y arte.
Mas la gente del marqués
Del puente hizo una parte.
Aunque angosta y quebrada,
Para que el campo marchase.
Defiende el moro aquel paso:
Nadie osaba aventurarse
A pasar por este puente
Con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla,
Cada cual quiere mostrarse
Valiente en tal ocasión,
Y con valor emplearse.
El moro al fin se retira
Dejando libre el pasaje,
Que fué ganado por armas
Con esfuerzo, maña y arte.

A Valor se fué el morillo
Con intento de vengarse;
Las Guajaras apercebe
Con moros de aquella parte.
Zarrea, su capitán,
Es valiente como un Marte,
Y con él va Gironcillo,
Que puede bien estimarse
Ser un tirador gallardo
De escopeta en todas partes.
Y este le tiró al marqués
En el puente de Tablate;
Si no fuera por el péto
Muriera sin escaparse.
El marqués con grande enojo
No quiere mas allí estarse;

A las Guajaras camina
Ya tendido su estandarte,
Y les dió una gran batalla,
Que tal no la diera Marte.
De ambas partes mueren muchos.
Por ofender y ampararse:
Allí murió don Luis,
Que Ponce suele llamarse,
Y don Juan de Villaroel,
Que bien podía estimarse
Ser uno de los valientes.
Que allí podían hallarse.
Al fin las Guajaras toma
El de Mondéjar sin arte,
Llevándola los soldados
A crudo fuego y á sangre.

CAPITULO VIII.

En que se pone una batalla que el marqués de Vélez tuvo con los moros de Felix, la mas cruda que se dió en las Alpujarras, con lo que mas pasó.

Habiendo el marqués de Mondéjar dado fin á aquella batalla sangrienta de las Guajaras, mandó luego que se enterrasen todos los cristianos muertos; y mandando buscar los cuerpos de don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel y otros caballeros principales, los envió á Granada donde fueron honradamente sepultados, y con toda aquella pompa y grandeza que á tales caballeros correspondía. En el sepulcro del buen don Luis Ponce se puso este epitafio:

Aquí yace don Luis
Ponce de Leon llamado,
De valor tan ilustrado,
Como lo fué, si sentís,
El de Vivar afamado.
Malole el sangriento Marte,
De envidia de su valor,
Abatiendo su estandarte;

Y aunque muerto, vencedor
Queda Ponce en cualquier parte;
Porque la fama real
Satisfecha de la gloria
De su valor sin igual,
Hace al mundo ser notoria
Su grandeza ya inmortal.

A otra parte de la tumba habia escrito este romance:

Al pié las Guajaras altas
De un pueblo en peñas armado,
Herido está don Luis
Ponce de Leon llamado:
Que un peñasco le hiriera
Desde lo alto arrojado.
Subiendo que iba la cuesta
Como valiente soldado,
Cuando el peñasco le hiere,
Con un furor no pensado
Probábase á levantar
Con ánimo muy sobrado;
Mas en su sangre desbarra,
Que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
Volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
Y el campo desbaratado;
Vido la caballería
Que apenas queda caballo;
Miró por su gente ilustre,
No vido ningún soldado.
Con lágrimas en sus ojos
Esta manera ha hablado:
¿Adónde estás, buen Mendoza?
Qué es de tu cuerpo formado?
Qué es de tu caballería?
¿Dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los capitanes

De Córdoba tan nombrados?
¿Dónde está mi escuadrón bello,
Que de Sevilla he sacado?
¿Adónde está mi bandera
Labrada con tanto ornato?
A dó mi gallardo alférez
A quien la entregué en su mano?
Adios, mi patria querida,
Adios claro duque de Arcos,
De mi sangre descendiente,
Mi pariente muy cercano;
Ya no espero de ver mas
Ni patria ni vuestro estado.
Ay Virgen santa María,
Madre del Crucificado!
Señora, valedme ahora
En este terrible paso;
Y vos, mi dulce Jesus,
Perdonadme mis pecados.
Por defen des vuestra fe
Soy puesto en aqueste estado;
No por codicia del oro,
Ni del despojo sobrado,
Que harlo me tengo yo
Que vos, Señor, me habeis dado.
Diciendo a estas razones,
La dura parca le cortado
El hilo dulce á la vida
De un varón tan señalado.

Encima del doloroso sepulcro estaba colgada su hermosa bandera, toda labrada de coronas de oro, y en medio el león rapante, clara divisa de su honrado y noble blason: á la otra parte estaban sus lucidas armas, las cuales eran listadas todas con oro fino, y su fuerte y acerada rodela toda abollada y casi hecha pedazos, así como las armas, por los crudos golpes de las peñas que en ellas habían dado. Junto deste honrado sepulcro estaba el del valeroso don Juan de Villaroel, varón de gran estima, y soldado veterano, que en todas ocasiones habia servido con mucho valor al inclito emperador Carlos V. Encima de la tumba deste noble caballero estaba puesto este epitafio:

Don Juan de Villaroel
Yace aquí, á quien ventura
Le subió en tan grande altura,
Cuan to se mostró cruel
Después su gran desventura.
Duras peñas le mataron
No soldados de Valor;
Mas no por eso su honor

Los que escriben olvidaron,
Dándole digno favor,
La fama de su memoria
Para siempre es inmortal
Por ser caballero tal,
Que merece gran historia
De un valor tan principal.

Así estaba puesta también encima deste sepulcro una hermosa bandera de lucidísimos colores, y junto della las fuertes y brillantes armas de don Juan de Villaroel. Una cosa sé decir: que la muerte destes dos valerosos

caballeros fué muy llorada en muchas partes, y aun mas en Sevilla y Arcos, porque el buen don Luis Ponce de Leon era muy gentil y gallardo, y sobre todo valiente. No hubo dama de mérito en Sevilla que no vistiese luto por algunos dias, y asimismo muchos caballeros deudos y amigos suyos. Dejando pues esto aparte y tornando al marqués de Mondéjar, así como acabó de tomar las Guajaras, sacando de allí gran presa, fué luego tras del enemigo por alcanzarle antes de que se fortificase; siguióle hasta llegar á Lanjaron, en donde habia dejado el de Valor mucha gente para su defensa, pasándose á Andarax. Los moros que escaparon de las Guajaras se fueron á Paterna, lugar fuerte, en el que pensaban poderse defender de los cristianos. Llegando el marqués á Lanjaron tuvo un bravo reencuentro con los moros, en que murieron muchos dellos, y los demás se fueron huyendo á tubiles; siguióles allá, y les dió una cruda batalla, en la que estuvo muy á pique de perderse el campo por la codicia de sus soldados que andaban desmandados. Al fin los moros quedaron vencidos, y se fueron huyendo á la sierra; pero el marqués, entendiendo que se habían retirado á Ojijar, fué allá y no halló á nadie, sino saqueado todo el lugar. Volvióse el marqués á Paterna, en donde encontró gran copia de moros puestos en defensa, y determinó darles la batalla, la cual contaremos después; y ahora referiremos la que el marqués de Vélez dió en Felix, que fué sobre modo sangrienta.

Ya dijimos cómo el valeroso Fajardo, mas bravo que Rodamonte, dió la batalla en Guecija; y desbaratados los moros fué saqueado el lugar, y las moras que allí habia llevadas á las tierras del marqués para que estuviesen seguras. Dijese también que esto causó en su campo grande enojo, y que todos los soldados juraron no dejar de allí adelante cosa á vida que á sus manos viniese, atento á que el marqués no les daba aquella rica parte de la cabalgada de Guecija, después de haber visto las grandes crueldades que hicieron los moros en aquel rico convento de la orden del glorioso doctor san Agustín, cuyos pobres frailes fueron todos degollados, y echados en una balsa de aceite, el convento quemado y asolado, y los altares y santos hechos mil piezas. Estando en esto el marqués, le vino nueva de cómo en Felix se habian juntado muchas escuadras moriscas, no mal armadas, y que aguardaban para dar la batalla. Entendido esto, mandó al punto que se levantase el campo, y siendo cerca del anoecer tomó la vuelta de Felix para que los espías que le observaban de la sierra no viesan adónde marchaba. A esta sazón se encontró con don Garcia, capitán de Almería, que venía de Felix, no habiendo osado acometer á tanta morisma como la que estaba allí junta. No hizo esto fuerza al marqués, y pasando adelante fué á hacer noche en un campo llano donde habia un aljibe lleno de agua, y junto á él hallaron un moro muerto, y algunos reconocieron ser alguacil de aquellos lugares. Era cosa de ver las lumbres que allí el campo puso, y parecían infinitas; pero no tardó en sobrevenir una tempestad de agua y viento tan recio, que no dejó una viva. Por esta causa pasó allí el campo mucho trabajo aquella noche, especialmente los soldados que no tenían mas que los arcabuces para cobijarse; y á la mañana siguiente, habiendo amanecido muy hermoso día, mandó luego el marqués que se diera á los soldados bastante munición de pólvora para escaramucear seis ó mas horas, después de lo cual se puso el campo en orden muy gallardamente.

Este día era vispera del glorioso San Sebastián, cuyo nombre tomó todo el campo para los efectos que iba á obrar; y parecía tan bien con el resplandor que al sol despedían las armas, que era cosa maravillosa. Lorca llevaba la vanguardia, Caravaca la batalla, Totana, Cehegin y los demás lugares la retaguardia. En este día llevaba el pendon del marqués un hijo-dalgo de Caravaca, llamado Alvaro de

Moya, porque don Rodrigo de Benavides, su alférez, estaba indispuerto: este Benavides era un caballero, deudo muy cercano del señor de Jabalquinto, junto de Linares. El pendon del marqués era de damasco rojo, con flecos de oro y plata, y el gallardete de dos puntas, mas bien grande que pequeño; por las orlas se veían unas letras plateadas, que eran MM latinas enlazadas con OO, también blancas, y en medio de las dos partes llevaba unos penachos, queriendo todo ello decir, *Memoria de mis penas*: cifra, si galana, oscura. Della usó el marqués después de la muerte de su esposa doña Leonor de Córdoba y Silva, hija del conde de Cabra, á quien el marqués amó en tan alto grado, que jamás quiso volverse á casar como varon cuerdo y discretísimo.

Puesto el campo en marcha llegó muy cerca de Felix, y mandó el marqués tomar allí un cerro alto antes que los moros le ocupasen para su defensa. Desde este cerro no solo se descubría muy bien el lugar, sino que además casi toda la costa de Almería y el llano de Dalías. Enterado el marqués de la situación de Felix, y del punto por donde mas fácilmente podría entrarle, mandó bajar del cerro al ejército, y que rodease la llanura en que el pueblo estaba sentado. Hizose así con mucha brevedad, y llegando abajo la vanguardia, encontró un batallón cuantioso de moros que estaba junto al lugar aguardando para dar batalla. Alargáronse mas de lo que se debía en semejante ocasion, y en las primeras cuatro filas iba casualmente un soldado, llamado Francisco Sanchez, hermano de aquel Miguel Sanchez, clérigo, que martirizaron allí las moras con navajas, como ya dijimos al principio. Con este Sanchez iban mas de veinte entre primos hermanos y deudos suyos; y acordándose de la injuria que se habia hecho allí á su hermano, lleno de interno dolor dijo á sus deudos: «ahora es tiempo que estos perros paguen la muerte de mi querido Miguel, á quien con tanta crueldad hicieron pedazos.» Diciendo esto, encaró el arcabuz al escuadrón morisco, y disparó; los demás parientes suyos hicieron lo mismo, y saliendo sin orden de las hileras, acometieron con deseo de la venganza, diciendo: *Santiago y á ellos.*

Visto esto por toda la gente de la vanguardia, y creyendo que se hacia así de orden de su general, sin mas reflexion arremetieron á las moriscas banderas. Por la presteza que llevaba el escuadrón cristiano, los moros no pudieron dar mas de una carga; y en vista del gran poderío que venia sobre ellos, no aguardaron mas en aquel paso, y principiaron á retirarse con toda priesa. Tomaron un cerrillo que estaba junto del lugar, donde habia una pequeña torre, pensando allí hacer resistencia. Como vió el marqués que la vanguardia sin su orden habia acometido y dado *Santiago*, lleno de ira mortal por tanto desconcierto, brama como un leon, y dando grandes voces pica con furia á Bayarte, y atraviesa velozmente como un rayo, haciendo temblar la tierra hasta llegar á la vanguardia, con ánimo de alancear á los capitanes; mas andaba ya la gente tan revuelta una con otra, que no pudo ejecutar su saña; el ruido era inmenso, tanto de la gritaría de los combatientes como del sonido de las trompetas y cajas, y parecia que se hundían los cielos, ó que se venían abajo las mas altas y empinadas sierras. Viendo pues el marqués que aquella gente bisona andaba tan revuelta y sin orden, y que no podia poner remedio, miró por qué parte huían los moros en mayor número acia el mar, y por ella guió su caballo, y dando con ellos prestamente, comenzó á desahogar su ardiente cólera matando y alanceando á muchos. La caballería, en vista de que el marqués pasaba adelante tras de los moros, y que en persona obraba maravillas, le siguió á toda priesa, matando é hiriendo á cuantos pudo. Los moros amedrentados de la furia de los caballos se dividieron en tres partes: unos tomaron la vuelta del mar, y estos acabaron todos á manos de la caballería y de alguna infantería que la siguió; otros se di-

rigieron por unas ramblas abajo la vuelta de la sierra, y por allí escaparon en gran número; la otra parte tomó el cerrillo de que tenemos hablado, y desde allí principiaron á pelear como valientes, habiendo entre ellos muchas mujeres que mostraban en vano varoniles pechos, tirando peñas y losas á los cristianos para impedir que subieran la cuesta. Mas muy poco valió toda su resistencia, porque el endiablado escuadrón de Lorca parecia subir volando por ella arriba con furia infernal, y mataba ó hería tan cruelmente á todos los que se le ponían delante, que cada uno de sus soldados parecia un ardiente rayo.

Atemorizadas las moras de ver aquel estrago y de que á nadie se daba cuartel, no osando aguardar el golpe último, puestas á la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras, y llorando y gritando dolorosamente se derrumbaban abajo, llegando al hondo hechas mil pedazos. Otras cuitadas, sin resolucion para dar tan peligroso salto, confiando en la misericordia cristiana, hacían cruces con palitos, é hincadas de rodillas, temblando y llorando decían: *ó mi cristiana, señor, á mi cristiana*; pero el diabólico escuadrón no usaba de la piedad que aquellas pobres mujeres esperaban, antes las hacían pedazos, ó las echaban por las peñas abajo. Crueldad terrible, nunca vista en la española nacion, é indigna de pechos cristianos! ¿Qué furia infernal te incitaba á tanta ferocidad? Contra los moros y enemigos de la fe, nada digo; pero llevar con tanto rigor por el filo de las armas á las sencillas mujeres, gran crueldad era por cierto! ¿Qué culpa tenia el niño recién nacido, ni el de un año, de dos, ó de mas hasta doce, para que todos con insano furor fueran hechos pedazos, ó estrellados contra las duras peñas? Y las tiernas y desdichadas doncellas; qué delitos habian cometido para no mirarlas con misericordia? He dicho que las furias infernales militaban en este campo, y no podia ser menos al ver tanta atrocidad; la soldadesca que andaba suelta por el lugar cometió crueldades inauditas, y que la pluma se resiste á transcribir.

Después de robadas las casas, mataban y hacían pedazos á todo viviente, sin exceptuar á los gatos y perros. Ciertamente bien vengada fué la muerte del clérigo Miguel Sanchez, pues en menos de dos horas fueron muertas mas de seis mil personas entre hombres y mujeres; y de niños, desde uno hasta diez años, habia mas de dos mil degollados. Yo vi por mis ojos la cosa mas atroz que jamás habian visto las gentes: á una morisca muerta de mas de diez estocadas crueldas en un banal junto del lugar, y al rededor della seis hijos varones y hembras, muertos también, y con quienes ella salía huyendo por salvar la vida; mas allí la alcanzaron, la asesinaron y degollaron á sus hijos. La mezquina, por favorecer á un niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abajo, y en esta postura la mataron, tirándole también algunos golpes al tierno infante; pero Dios quiso librarle de aquella crueldad, pues aunque las armas traspasaron las mantillas, no le tocaron á la carne; y como estaba bañado en la sangre que con tanta abundancia vertía la cuitada madre, todos los soldados que pasaban por allí, pensando que estaba herido, le dejaban. La mora, revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba, y el niño arrastrando como pudo se llegó á ella, y movido del deseo de mamar, se asió de los pechos de la madre, sacando leche mezclada con la sangre de las heridas. Quiso su buena ó mala fortuna que en aquella sazón pasara yo por allí, y mirando con horror aquel terrible espectáculo, movido de piedad, y estando para anocheecer, tomé el niño en los brazos, y le llevé al lugar, yendo en busca de mis camaradas que encontré bien alojados. Habia entre ellos hombres muy honrados, llenos de virtud y misericordia, que habian acompañado á muchas moriscas, queriendo Dios librarlas así de aquel cruel asalto, y una dellas que criaba tomó el

niño y se hizo cargo dél. No faltaron otros soldados nobles y piadosos que ampararon á otras muchas mujeres. Yo por mi parte digo, que salvé mas de veinte, las cuales juntas con las que salvaron los demás harían el número de doscientas moras.

Este fin tuvo aquella sangrienta batalla en dicho dia; y al otro, que era el de San Sebastian, salió mucha gente para reconocer el campo, y de allí se trajeron abundantes despojos de la gente muerta, de ropas, collares, zarcillos, manillas, armas y otras cosas. Todos volvian espantados de ver su propia crueldad, y tanto muerto, que causaba grandísima compasion. A este tiempo llegó á Felix la gente de Murcia, no habiendo podido llegar antes, y con ella se holgó mucho el marqués. No habia este olvidado el desorden que el dia antes movió la vanguardia, y mandando llamar á los capitanes reprehendió aquel desatino, y los trató ásperamente de palabra: ellos dieron su justo descargo, y tomados informes por el marqués, se halló que el mas culpado de todos era un soldado de Lorca, llamado Palomares, al cual mandó prender y ahorcar. Visto esto por la gente de Lorca, que serian mas de tres mil hombres, valientes y bien armados, se trató de no consentir que se ahorcase á Palomares, ó de morir todos en la demanda, para lo cual se juntaron en una parte del campo. Los capitanes de Lorca, al ver próximo á estallar un motin tan grande, y deseosos de que no se descubriese el fatal intento de tanta gente, resolvieron hablar al marqués y ablandarle para que no ahorcara á Palomares, atento á que era hombre honrado, buen militar y muy bien emparentado en Lorca; y así, que del hecho podria resultar algun crecido escándalo. Mas enojado el marqués que estaba antes de estas amonestaciones, dijo que por ningun titulo dejaria de ahorcar á Palomares, y si fuese menester á todo el tercio de los de Lorca. En vano intercedieron á favor del reo los capitanes y caballeros de Murcia, porque el marqués, pertinaz en su propósito, mandó que la sentencia se pusiese al instante en ejecución. Al llegar este caso, los de Lorca, puestos sobre las armas, principiaron á alzarse con gran grita, diciendo: «que no se habia de ahorcar á Palomares, si no se queria que todo el campo se perdiese.» Don Diego Mateo de Guevara, regidor de Lorca, padre del capitán Juan Mateo de Guevara, noble, muy estimado y tenido en mucho por su valor, acompañado de don Juan Pacheco, capitán de la caballería de Murcia, y de otros caballeros principales, se fué con toda priesa á la posada del marqués, el cual habia mandado que á nadie se diera entrada; pero como don Juan era hombre tan principal y distinguido, en llegando, á pesar de los porteros y de la guardia, entró en el aposento donde estaba el marqués, y le suplicó encarecidamente que aquel negocio no pasara adelante, porque todo el tercio de Lorca estaba empeñado en defender á Palomares, y de su ejecución podria resultar grandísimo daño en el real. Viendo Diego Mateo de Guevara que las palabras de don Juan no ablandaban al marqués, le habló desta suerte, poniendo en peligro su propia vida.

«No dejo de conocer, escelentísimo señor, que la justicia es buena en todas partes, y mas necesaria en la guerra; porque si en tales casos no se ejecutase, muy fácilmente vendria á perderse un crecido campo. Así digo, que la culpa hallada en Palomares es digna de castigo; mas vuestra escelencia considere que la razon estaba de parte del reo y de los demás deudos y amigos, moviendo los ánimos á cruda venganza del pariente que fué hecho pedazos en Felix; y como gente bisona, no advertida del castigo que de su atrevimiento le podria venir, descompuso la escuadra de sus capitanes. Atento á esto, y á que el pueblo estaba muy poblado y fortalecido de enemigos crueldos de nuestra santa fe católica, me parece, salvo mejor dictamen, que no se debiera ejecutar la justicia en Palomares con el rigor que manda vuestra escelencia; y adviértase que para los yerros

impensados y sin malicia hechos hay siempre llana misericordia en los generales y maestros de campo. Ciertamente Palomares no erró de malicia, sino que obró con los demás de su bando, como gente indisciplinada en el arte militar; pues si fuera un soldado de muchos años de servicio, y que sabiendo las leyes de la milicia cometiera un yerro semejante, seria digno de rigoroso castigo; y aun para con un soldado tal se ha de estender la misericordia de un capitán generoso. Este ha de hacer cuenta de no perder sin mucha necesidad ningun soldado de su campo; porque si los enemigos le matan uno, y él ahorca á otro, ya le faltan dos soldados, que pudieran servir bajo de sus banderas gloriosamente en otra ocasion. Bien sabe vuestra escelencia que el emperador Carlos V, nuestro señor, de gloriosa memoria, bajo de cuyas banderas militó muchos años, usaba siempre deste buen término con los suyos; y así fué de la gente española tan amado, como vuestra escelencia sabe y todos sabemos: en los generales y capitanes mas ha de campear la misericordia que la justicia. Traiga vuestra escelencia á la memoria aquel hecho del magno Alejandro, que habiendo caído un soldado en falta, tal como la de sentarse en su real silla y quedarse allí dormido, cuando llegó allá y encontró ocupado el puesto, los capitanes y caballeros que le acompañaban iban á echar mano del dormido para prenderle ó matarle; pero Alejandro los contuvo, diciendo: *dejadle dormir, que otra vez velará para guardar mi persona, y el buen soldado no merece tan mal galardón. Este, por su largo velar en mi servicio, vino á dormirse, y por cierto que no pudo hallar mejor cama que mi silla; puede que otra vez vele sobre los filos de su misma espada sirviendo á mi corona.* Estas espresiones fueron dignas de un rey generoso y tan buen general como Alejandro; y así, señor escelentísimo, pues en vos reside no menos generosidad y valor de ánimo, segun tenemos visto y experimentado, usad de igual indulgencia con Palomares. Su yerro fué grande; mas considerando la inocencia del peador, y que yendo la guerra adelante, él y sus deudos podrian servir á vuestra escelencia y darle gusto en otra ocasion, póngesele. Si Palomares no lo merece, sus padres y abuelos lo tienen bien merecido sirviendo á vuestra escelencia y á sus antepasados; y si sus padres y abuelos tampoco lo merecieron, baste haberlo suplicado el señor don Juan Pacheco; y si sus ruegos no alcanzan, merezcalo Lorca, de donde es hijo Palomares, por cuyos servicios la casa de vuestra escelencia está puesta en el cuerno de la luna, con todo el lustre que ahora tiene. Y si en Murcia y su reino hubo adelantados del linaje de vuestra escelencia, Lorca fué siempre parte para que los hubiese; y si los varones ilustres de la casa de vuestra escelencia vencieron veinte y dos batallas de moros, y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes, que pusieron bajo de las reales coronas de Castilla y Leon, los de Lorca tuvieron mucha parte para que aquellos lo pudiesen hacer; y si ilustracion y resplandor ha tenido y tiene la casa de vuestra escelencia, Lorca ha sido la causa. Por tanto á vuestra escelencia suplico, que Palomares, hijo-dalgo de Lorca, no pase por esa muerte contra él pronunciada; advirtiéndole al mismo tiempo que hay tres mil hombres paisanos suyos puestos sobre las armas y decididos á perder la vida por salvarle. Vea pues vuestra escelencia lo que determina en este caso; y á mi por haber osado entrar en tan largo parlamento, mande vuestra escelencia que se me aplique el castigo que guste, pues mis servicios y los de mis padres hechos á la casa de vuestra escelencia merecen que se me dé.»

Aquí dió fin á su razonamiento el buen Diego Mateo de Guevara, y después don Juan Pacheco, Alonso Gualtero, Nofre Ruiz, Andrés Mora, sarjento mayor, don Rodrigo de Benavides, alférez del estandarte del marqués, y otros caballeros y capitanes de Murcia y Lorca hicieron tanto, que al fin el marqués perdonó á Palomares. Luego que se supo esta nueva hubo gran contento y regocijo en todo el

real; y á esta misma sazón llegó una buena compañía de Lorca, compuesta de cuatrocientos soldados, bien armados todos, y cuyo valeroso capitán se llamaba Juan Mateo Rendon de Luna, hombre hidalgo y distinguido. Dieron noticia del arribo desta compañía al marqués, quien se holgó mucho saliendo á ver la gente á la puerta de su posada, y observando que venia equipada tan bien. Su excelencia, que estuvo allí algunos dias aguardando cierta orden del rey, mandó que se llevaran á la iglesia las moras para repartirlas entre los capitanes y soldados; y hécho esto asi fueron llevadas luego á los Vélez, á Lorca y á otras partes. Mas porque ya nos aguardan el reyecillo y el marqués de Mondéjar, daremos fin á este capitulo diciendo primero el romance relativo á lo pasado.

El campo del buen marqués,
Que Fajardo se decía,
Parte de Guécija en orden
Ya después de mediodía.
Concertadamente marchan
De cinco en cinco las filas,
Y allá al ponerse del sol
Encuentran con don García,
Que volvía ya de Félix,
Y ver su gran morería,
Dándole aviso al marqués,
Y de cómo se volvía
Sin osar acometer
A las moriscas cuadrillas.
El marqués pasa adelante;
Después de Guécija,
Hizo el campo en la campaña
Alto en esta noche fría.
Un agua viento le coge
Con mucha nieve esparcida,
Que le pone en gran trabajo
Y muy crecida fatiga;
Mas rompiendo el alba clara
Muy bello se muestra el día.
Manda el marqués que se dé
Munición muy bien cumplida
De pólvora al campo todo
Para tres ó cuatro días.
A Félix el campo parte
Con placer y gallardía;
Lorca lleva la vanguardia,
Murcia de batalla iba,
Cehegin y Caravaca
La retaguardia regían.
El campo á Félix descubre
Desde un monte que allí había;
Manda el marqués que descienda
El campo de aquella cima,
Y que se ponga en lo llano
Así marchando como iba.
Mas bien cerca del lugar
Un grande escuadron había
De aquella morisca gente

Que con valor insistía,
Aguardando la batalla
Que el marqués darles quería.
La vanguardia los embiste
Antes que el marqués lo diga,
Y los moriscos descargan
Toda su arcabucerta;
No cargan segunda vez,
Porque la gente se anima
De aquel escuadron cristiano,
Y ataca con gallardía.
Los moros que ven tal campo
Y tanta caballería,
Al lugar se retiraron
Por encontrar mejoría.
Arretraron los cristianos,
Y Santiago apellidan;
Los moros dan á huir
Cada uno cual mas podía;
Otros tomaron un cerro
Que junto al lugar había,
Y otros tomaban la sierra
Que de Gádor se decía;
Otros van acia la mar
Por una derecha vía.
El marqués que aquello vido
A su buen caballo pica,
Y por los moros se mueve
Con gran valor y osadía.
Los de á caballo le siguen,
Y todos van á porfía
Matando moros y moras
Que se iban á la marina.
Todo el lugar se saquea,
No dejan persona á vida,
Y tanta es la crueldad
De las cristianas cuadrillas,
Que mas de ocho mil fenece
De la canalla morisca,
Entre niños y mujeres,
Que al verlos es gran mancilla;
Sin otra gente de guerra
Que murió en aqueste día.

CAPITULO IX.

En que se pone cómo el reyecillo tuvo consejo de guerra, lo que se proveyó en el acuerdo, y cómo le persiguió el marqués de Mondéjar, dándole batalla en un lugar llamado Paterna.

Ya contamos cómo Abenhumeya salió desbaratado del puente de Tablate, habiéndose ganado á fuerza de armas aquel paso tan peligroso por el marqués de Mondéjar, que no hizo poco en conseguirlo. El reyecillo se fué de paso á las Guajaras, y dejando allí á Zarrea y Gironcillo, valientes y sagaces capitanes, se metió en Andarax con grande ejército, contando ya de seguro con que el Gran Turco le enviara buen socorro, conforme le tenían escrito el Ochali, rey de Arjel, y su hermano don Luis. Así pues mandó un día juntarse á los capitanes mas valerosos de su ejército, y á las gentes principales que le seguían, y sacando las cartas que había recebido del Ochali, las mandó leer, esforzando las vanas esperanzas que tenía del socorro prometido por el turco; y mostrando en su persona aquella gravedad que corresponde á la persona de un rey, comenzó á hablarles desta manera:

«Valerosos y fuertes capitanes: ya sabeis que por la gracia del santo Alá y del profeta Mahoma, hemos llegado al estado en que ahora estamos á punto de conquistar nuestra dulce libertad, y salir fuera de la opresión de los pérfidos cristianos, que tantos años hace nos tienen oprimidos y puestos en dura servidumbre, como si fuéramos sus esclavos. En daño suyo nos dieron armas para nuestra defensa; y así conviene que por nuestra parte haya reconocimiento del alto beneficio que hemos recebido; espe-

cialmente cuando de levante nos vendrá grande socorro del Gran Señor, según lo ofrecen las cartas de nuestro fiel amigo el Ochali, rey de Arjel. Conviene pues ahora escribir á Marruecos y Fez, dando cuenta del estado de nuestra guerra á mis cercanos deudos los reyes de aquellas partes, pidiéndoles también ayuda y socorro que no me negarán; á lo cual juntaremos el que se nos ha prometido del reino de Valencia. Con esto serán ciertos y no harán falta los amigos que tenemos en el Albaicín; de manera que con el amparo del santo Alá haremos nuestra la mayor parte de España, y nuestro imperio tornará á tener la estension que antes solia. Así pues, mis buenos y leales amigos, no os ponga temor haber sido en esta última accion algo aventajados, ganándonos el paso de la puente de Tablate, pues esta desgracia pudiera contribuir al logro de nuestro intento, porque, hallándose ya el enemigo dentro de las Alpujarras, será por nosotros mas fácilmente ofendido y maltratado, como que sabemos las entradas y salidas de los pasos mas peligrosos y de los caminos mas ásperos; de manera que en adelante podremos dañarlos á nuestro salvo sin ser ofendidos de sus armas. Y aunque les haya ido bien en las Guajaras, no es tan de balde que no les cueste mas lo perdido que lo ganado, habiendo muerto allí tantos y tan valerosos capitanes; y si esta rota les vino de un solo pueblo mal armado, ¿qué no será cuando todas las Alpujarras estén ocupadas de africanas banderas y de fuertes escuadrones de gente brava y belicosa, bien provista de aventajadas armas? Mas para que arriben á nuestras costas será necesario que antes se tremole nuestro pabellon en la ciudad de Vera, y que demos orden de conquistarla, á fin de que en ella hallen los amigos buen puerto donde sus bajeles estén seguros del impulso de las arrebataadas olas del mar. Ya sabeis que no muy lejos de las embarazadas playas de Vera hay dos puertos famosos, para tal caso convenientes: el uno es el de Aguilas, y el otro está en los Terreros blancos, á la parte de levante; y asimismo á la del poniente están en el Farallon de la mesa de Roldán y la famosa cala del Agua-amarga bastantes puertos en donde se abriguen los navios libicos. Después, si Mahoma fuere servido de que la guerra vaya en adelante con buen suceso, tomaremos el famoso puerto de Cartagena, después de lo cual quedará toda España reducida á nuestro poder. En lo que voy diciendo, valerosos soldados míos, no ha de haber pensamiento de tardanza, porque en ella está el peligro; y así despachemos luego á las partes de Fez mensajeros fieles que nos traigan de allí alegres nuevas y algunas armas, principalmente alfanjes, que encontrarán muy buenos; pues en lo que toca á la escopetería y arcos, por Arjel seremos bien proveidos; al que lealmente nos preste este importante servicio daremos gran premio y mercedes muy crecidas, para que pueda vivir honradamente en lo sucesivo.»

Apenas Abenhumeya acabó su razonamiento, cuando todos los capitanes circunstanciales ofrecieron servirle hasta la muerte, y dijeron que luego se diese orden de bajar á la conquista de Vera, por ser muy necesario aquel presidio, tanto para el desembarque de las africanas gentes, como para la embarcacion de los cristianos cautivos que en España fueran haciendo. Concluido este acuerdo, un morisco, natural de Ture, pueblo muy cercano del castillo de Mojacar, se levantó en pié, y dijo, que él y un hermano suyo tenían en cierta parte de la costa una barca grande y muy buena, en la que se ofrecían á pasar á Fez y llevar aquellos recados, si se les daban veinte hombres bien armados. Abenhumeya, dando muestras de mucho agradecimiento y teniendo al morisco por hombre de entera confianza, mandó que se escogieran al instante los veinte hombres pedidos para aquel viaje, y á otro dia escribió las cartas concertadas para Fez y Marruecos. El susodicho morisco, llamado Hambrel, partió del campo con sus com-

pañeros, se fué á la parte de Mojacar, y pasó secretamente al cabezo de la Carbonera, donde junto á una rambla él y su hermano tenían una barca muy buena y aderezada de todo lo necesario para la mar; hechas las provisiones correspondientes la botaron al agua, y tomaron en ella por la derrota de poniente la vuelta de Tetuán; pero les dejaremos seguir su viaje para volver luego á hablar dellos en su lugar.

El reyecillo quedó en Andarax dando órdenes sobre lo que se debía hacer en la guerra, y determinó se escribiese al instante á los moros de la sierra de Málaga y Ronda inspirándoles buenas esperanzas del socorro que el rey de Arjel habia prometido de parte del turco, y del que recibirían muy pronto de Fez y Marruecos, por lo cual les escitaba á levantarse y estar listos; y aun para confirmacion del caso les envió las mismas cartas originales que el Ochali le habia escrito. No fueron inútiles estas diligencias; porque en su vista, y especialmente á la presencia de aquellas cartas, los moros del valle de Málaga y sierra de Ronda se levantaron luego, poniendo en grande aprieto á los vecinos de la comarca, así como diremos á su tiempo.

En esta sazón se hallaba el marqués de Mondéjar con todo su campo en Ojijar, donde no halló moro ninguno; y deseando, si era posible, acabar esta guerra por bien y por vía de negociacion, practicaba diligencias y mantenía comunicaciones secretas con algunos moriscos; y por estos mismos supo, que entre los levantados habia muchos que querian volver á sus tierras, y estar sujetos al servicio del rey, como antes solian. Pero otros eran de distinta opinion, y quien mas desbarataba el suceso eran los mismos cristianos, que por su desordenada codicia de robar se salian del real á escondidas, y por los lugares de los moriscos obraban todo el daño que podian. Así es que viendo se les hacia tanto mal, bajo el especioso nombre de paces, poseia su desconfianza hasta los mas moderados, y se tornaban á levantar. El marqués, con despecho de semejante proceder, determinó por consejo de los varones principales de su campo dedicarse á buscar al reyecillo, y procurar haberle á las manos, contando con que una vez cogido, toda aquella guerra quedaria acabada; en consecuencia, se volvió á echar otro bando ofreciendo el premio de veinte mil ducados á cualquiera que le presentase muerto ó vivo al señor de Valor. Luego tuvo el marqués noticia de que estaba en Paterna con mucha gente de guerra bien armada; y así mandó que su ejército marchara á aquel punto, donde luego que llegó encontró que los moros le estaban aguardando, y saliendo al camino, le acometieron muy reciamente por cuatro partes.

Viéndose el marqués desta manera asaltado, mostrando gran valor acometió á los moros, y dió de improviso el Santiago. Los cristianos pelearon como leones, y ganaron un pequeño fuerte que los enemigos se habian obstinado en defender, y no lo pudieron aun á costa de mucha sangre derramada. La batalla fué reñida, pero al fin salieron vencedores los cristianos como gente mas valerosa, y Abenhumeya principió á retirarse con orden, y siempre peleando: luego vino la noche, y tuvo tiempo para alejarse de aquel punto, y pasar á Valor, su propio lugar. Los cristianos, á pesar del marqués que no queria que los lugares fueran saqueados, saquearon á Paterna, y encontraron allí mucho que robar; pero no hallaron moras, porque ya las habian retirado á otro punto los moros. El marqués permaneció dos dias en Paterna, y partió luego con su campo la vuelta de Andarax, entendiendo hallar allí al reyecillo; pero no le encontró, ni viviente alguno dentro del pueblo. A él vinieron después muchos moros con banderillas de paz; y tratándose della, quedó resuelto que las condiciones se estenderian en Orjiva, para donde partió el marqués; y no encontrando tampoco á nadie, sentó allí su real y permaneció muchos dias.

Con efecto concurrieron los moriscos á pedir paces; y el marqués se las prometió muy cumplidas y seguras, dando á cada lugar de los que las querian una cédula firmada de su nombre, para que ningun capitán ni soldado cristiano pudiese enojarlos en vista de aquella cédula. Los lugares que quisieron paz fueron la Roles, Alcolayar, Pichina y otros muchos pueblos, que sacaron las referidas cédulas del marqués, contando con no ser maltratados ni ofendidos de los soldados en adelante. Pero muy engañado andaba en esto el marqués, pues aunque fuera muy buena su intencion de fenecer la guerra por acomodamiento, sus soldados eran tan bellacos y ladrones que salian por la noche sin ningun orden, y hacian todo el daño que podian en aquellos mismos pueblos que se tenían por mas seguros.

Un capitán llamado Villalta salió de Guadix con mucha gente, y entrando de secreto por el puerto de la Ragua, se fué al lugar susodicho la Roles, y una noche le atacó con tanta brutalidad, que mató á casi todos los moros que moraban allí sobre seguros, y llevándose cautivas á todas las mujeres y niños se volvió á Guadix; sabido esto por el rey, mandó que fuese bien castigado. Otro capitán que estaba en Tiñana, llamado Cuevas, entró de noche con muchos soldados en Alcolayar, pueblo que también estaba sobre seguro, y mató allí á todos los moros, y se llevó á todas las mujeres y los niños. Otro capitán, cuyo nombre no supe, entró una noche en el lugar llamado Pichina, que estaba también de seguro, y le saqueó; mas no le fué muy bien en esta entrada, porque el capitán Gorri con mil moriscos bien armados dieron sobre él, y le mataron cien hombres, quedando malamente heridos los pocos que se escaparon, y dejando todos las armas en poder de sus enemigos; el ruin capitán cristiano huyó á uña de caballo, y no paró hasta que al cabo de muchos dias llegó á Adra.

Estas y otras muchas entradas semejantes se hacian con frecuencia por todas las Alpujarras, dando justo motivo á que los moros tímidos y escarmentados no volviesen á hacer cara á proposiciones de paz, diciendo que las que hacia el marqués de Mondéjar eran ilusorias y de notable engaño; pues después de haber dado á los pueblos cartas de seguro, firmadas y selladas, entraban sus soldados en ellos á mansalva, los saqueaban, mataban á los vecinos, y se llevaban cautivas á las mujeres y á los muchachos. Así pues cundia el levantamiento por todas partes; y los moros procuraban haber armas para defenderse y ofender á los cristianos. Destas cosas nada sabia el marqués, y cuando se lo decian manifestaba sentir grave pesar; y no podia poner remedio en ello. Si ponía guardas por los caminos para que no dejasen salir á los soldados, eran ellos tan grandes bellacos como los que iban á robar y hacer daño. A mí me ha parecido siempre reprehensible la impunidad de estos malos cristianos, en quienes debieron hacerse con frecuencia ejemplares escarmientos, hasta extinguir aquella codicia desordenada del robo que poseia sus ánimos, y trajo á tantos á su perdicion; pues no puede decirse sin vergüenza, que por ella murieron mas de trece mil soldados, la flor de España, á manos de una cuadrilla despreciable, compuesta de enemigos desbragados y casi desarmados; y lo que hay mas de maravillar es, que de cuanto robaban, apenas sacaron algun aprovechamiento, y todo se les convirtió en polvo y humo, siendo solamente efectivo el coste escandaloso que tuvo á su Majestad esta infame guerra, por culpa de algunos jefes descuidados ó distraídos.

Volviendo pues al marqués, que estaba inocente destas entradas y salidas, diré que un día, hallándose el campo en Orjiva, se vió venir á un morisco huyendo á toda prieta, y que al parecer traia en un palo alto una toca blanca en señal de paz. El marqués luego que le vió venir mandó alzar en una lanza otro paño blanco para que el moro que